




Pedagogías de las diferencias, experiencia y narración. Una lectura posible de la (propia) práctica docente desde las pedagogías de las diferencias.

Hamil Rafael Ganam
Universidad Nacional Tres de Febrero (UNTREF)
hamilganam@gmail.com
 <https://orcid.org/0000-0003-2391-035X>

Profesor de filosofía (Instituto Salesiano “Pío X”, Córdoba, Argentina). Estudiante de la Licenciatura en Filosofía, Universidad Nacional Tres de Febrero -UNTREF- (Argentina). Actualmente, trabajo en la tesis de licenciatura y me desempeño como docente de educación secundaria en colegios de la ciudad de Caleta Olivia (Santa Cruz, Argentina).

Resumen - Resumo - Abstract

La experiencia siempre sorprende. Siempre tiene algo nuevo por decir. Acontece algo que escapa a cualquier tipo de previsión y planificación. Se presenta alguien que quiebra la desmesura de generalizar el qué y el cómo. Y es que “en el encuentro con alguien (...), no hay arquetipo ni homogeneidad ni semblante único.” (Skliar, 2017). El presente trabajo vuelve a mirar el primer encuentro con Federico y su silla de ruedas en clase. Recuperando el aporte que hace Skliar con la propuesta de pensar en

A experiência sempre surpreende. Tem sempre algo novo por dizer. Acontece algo que escapa de qualquer tipo de previsão e planejamento. Apresenta-se alguém que quebra a desmesura de generalizar o quê e o como. E o fato é que “no encontro com alguém (...), não há arquetipo, nem homogeneidade, nem semblante único”(Skliar, 2017).O presente trabalho relembra o primeiro encontro com Federico e sua cadeira de rodas na sala de aula. Recuperando a contribuição que faz Skliar com a proposta de

The experience is always surprising. It always has something new to say. Something happens that escape any kind of foresight and planning. Someone is presented that breaks the immoderation of generalizing “what” and “how”. And the fact is that “in the encounter with someone (...), there is no archetype nor homogeneity nor unique face” (Skliar, 2017).The present work looks back the first encounter with Federico and his wheelchair in class. Following Skliar’s contribution to the proposal to think about the “peda-

las “pedagogías de las diferencias”, la lectura de aquel encuentro nos va mostrar lo imprevisto que fue la presencia de Federico. Nos permitirá narrar el miedo docente y la incertidumbre que brota de lo inesperado. De cómo el rostro que se revela gratuitamente escapa a la racionalidad que pretende encorsetar todo lo que ha de suceder en un aula. Narrar la propia experiencia para dar lugar a lo acontecido, como potencia para desentramar prácticas y discursos arraigados en las estructuras institucionales, didácticas y personales. De-construir una escena en sus partes. Saber que ese todo experiencial, que se da en un mismo espacio y tiempo, nos enfrenta a muchos sentires en el cuerpo; nos expone a con-vivir junto a otros totalmente otros y para nada iguales. Las pedagogías de las diferencias como la ocasión para acoger y cuidar el lugar de la singularidad, de la diferencia, de la hospitalidad, de la gratuidad que implica estar “junto a” en el aula.

pensar sobre as “pedagogias das diferenças”, a leitura daquele encontro nos mostrará o imprevisto que foi a presença de Federico. Permitir-nos-á narrar o medo docente e a incerteza que brota do inesperado. De como o rosto que se revela gratuitamente escapa à racionalidade que pretende espartilhar tudo o que há de acontecer em uma sala de aula. Narrar a própria experiência para dar lugar ao acontecido, como potência para des-entramar práticas e discursos enraizados em estruturas institucionais, didáticas e pessoais. Des-construir uma cena em suas partes. Saber que este conjunto experiencial, que acontece no mesmo espaço e no mesmo tempo, nos enfrenta a muitos sentimentos no corpo; nos expõe a com-viver com outros totalmente outros y que não são de todo iguais. As pedagogias das diferenças como a ocasião para acolher e cuidar o lugar da singularidade, da diferença, da hospitalidade, da gratuidade que implica estar “junto com” na sala de aula.

gogies of differences”, the reading of that meeting will show us how unforeseen Federico’s presence was. It will allow us to narrate the teacher’s fear and the uncertainty that springs from the unexpected. How the face that reveals itself freely escapes the rationality that tries to corset everything that would happen in a classroom. In order to narrate one’s own experience to make room for what has happened, as a power to unravel practices and discourses rooted in institutional, didactic and personal structures. De-construct a scene into its parts. Knowing that this experiential whole, which takes place in the same space and time, confronts us with many feelings in our bodies; it exposes us to live together with others who are totally different and not at all the same. The pedagogies of differences as the occasion to welcome and take care of the place of singularity, of difference, of hospitality, of gratuitousness that implies being “together with” in the classroom.

Palabras Clave: Educación, Diferencia, Singularidad, Hospitalidad, Aula

Palavras-chave: Educação, Diferença, Singularidade, Hospitalidade, Sala de aula.

Keywords: Education, Difference, Singularity, Hospitality, Classroom.

Recibido: 09/03/2021

Aceptado: 09/08/2021

Para citar este artículo:

Ganam, H. (2021). Pedagogías de las diferencias, experiencia y narración. Una lectura posible de la (propia) práctica docente desde las pedagogías de las diferencias. *Ixtili. Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*. 8(16). 179-192.

Pedagogías de las diferencias, experiencia y narración. Una lectura posible de la (propia) práctica docente desde las pedagogías de las diferencias.

“La epifanía del rostro como rostro abre la humanidad”.
(Levinas, Emmanuel)

“(…) el cuerpo escapa, nunca está asegurado,
se deja presumir pero no identificar”.
(Nancy, Jean-Luc)

Bienvenida.

Si, como dice Walter Kohan, *“la pedagogía es un misterio, un enigma, una pregunta”*, este texto es una invitación a habitar lo que nos pasa en las clases como posibilidad de vislumbrar muchos caminos posibles, frente al misterio de la presencia de quienes se nos muestran en su singularidad. Escapar al deseo de saber qué sucederá en cada encuentro antes de mirar, escuchar, tocar, recibir, acoger, hospedar, abrazar.

Volver sobre aquel encuentro (áulico) quiere ser un convite a ir más allá de uno mismo en la escritura; a correrse del centro de gravedad y dejar que aparezcan afectos que tocan el propio cuerpo. Como nos dice Larrosa, escribir es como *“compartir, para decir algo a alguien, aunque no lo conozcamos, aunque quizás nunca nos lea”*. Escribir como una espera, una pausa, un detener la vorágine de las palabras que se suceden unas a otra y darle descanso a la voz, y, así, desde la narración, reivindicar la escucha de la escritura.

Mirar, narrar, escuchar y conversar como un elogio de los *gestos mínimos* que hemos de vivir en cualquier acto educativo. Mirar, narrar, escuchar y conversar como *gestos mínimos* para que podamos “estar” en lo indefinible que es el encuentro con el otro y, de esta manera, habitar el margen, salirse de la norma, correrse de la costumbre de querer generalizar la experiencia

escolar, de querer capturar la novedad en lo previsible, sin dar lugar a los propios tiempos y a los propios modos de aprender, de estar, de ser de cada una y cada uno. Porque, al fin y al cabo, como nos comparte Skliar (2017), “enseñar [es] como dejar signos que otros descifrarán a su tiempo y a su modo.”(p. 25)

Experiencia y narración: una presencia (in)esperada.

Aventurarse a conversar (escribir) desde la experiencia, que ha marcado el (propio) cuerpo en el mirar, el escuchar, el tocar y el decir, exige una pausa, una espera, un callar. Si escribir implica “mostrar la finitud, tocar la imposibilidad, balbucear, hacer la experiencia de lo frágil y lo vulnerable” (Skliar, 2016, p. 51), se vuelve una condición demorarse en las palabras, en los silencios, en los afectos, para poder seguir el viaje, pero ya no pudiendo escapar al *otro* que se nos presentó en su rostro, en su cuerpo, en su nombre.

Escribir como una invitación que escapa al yo; como gesto pasional; como la figura (casi) superficial de lo que se nos mostró. Un otro que nos exigió no evadirnos de *la hospitalidad* como gesto educativo necesario para correrse de las lógicas escolares habituales. Escribir como extrañarse, pues, “sin extrañamiento, sin perplejidad y, en cierto modo, sin el desvanecimiento del yo no sería posible pensar, ni sentir, no tocar la escritura” (Skliar, 2016, p. 56).

Entonces, volver, en la escritura sobre esa huella que irrumpió, desde el rostro de la singularidad, en la propia singularidad. Una singularidad vestida de “una mismidad” que, al “dejarse tocar” por ese rostro en la experiencia cotidiana -en “la relación con”- pudo dar lugar a un nuevo mirar, a un nuevo andar, a un nuevo tiempo. Un tiempo nuevo que será otros tiempos y otros modos de encontrarse.

Una silla (in)esperada.

Es un aula larga, no tan ancha. Al fondo unos grifos de agua con sus respectivas piletas. Algo llama la atención desde el primer momento. Pienso y afirmo: “será que fue intento de laboratorio este espacio”. Sigo mis pasos hacia el escritorio ubicado al costado del pizarrón, mientras tanto se escuchan charlas, músicas y risas. Mis ojos hacen una vista rápida por el curso, como

viendo y no *mirando* a la vez. Mirada vacía. ¡Qué paradoja!

Llego al escritorio, apoyo mi mochila para sacar mi cuaderno y lapicera, cuando, nuevamente, levanto mi mirada y hay alguien que me sacó de lugar. Hay algo que me incomodó. Alguien irrumpió. Ya nada será igual. Me preocupa. Siento el cimbronazo. No lo había previsto.

Es Federico y su silla de ruedas. Así, sin más.

Desde la primera mesa, estando solo, está él mirándome en silencio. Me doy cuenta de ello como también de que yo esquivo su mirar. A pesar de que es el primer día de clases en ese curso, desde ese momento supe que yo ya no sería el mismo y que nada podría seguir siendo igual.

Para entonces decido iniciar con algo de “lo previsto” para esta primera clase. Me presento, cuento un poco quién soy (club de futbol, gustos musicales, en qué colegios trabajo). Les invito a que ellas y ellos se presenten. Sus voces apenas se sienten. Nombre, edad y club de futbol. Nada más. Alguna que otra chica contó sobre sus pasatiempos y gustos musicales. El grupo marca distancia, y en esa distancia están a la expectativa de lo que uno pueda decir, proponer o hacer.

Llega el turno de Federico. Con voz clara y fuerte me dice su nombre, edad y me cuenta que es deportista. Lo miro fijo, perdido en su presencia, en silencio, mientras él conversa y gestualiza con sus manos que revelan cierta dificultad en la motricidad. Sus compañeras y sus compañeros están envueltos en un silencio que evidencia familiaridad, hospitalidad, cuidado, amorosidad.

Así fue nuestro “primer” contacto. Entrar al aula y sentir que su “mero estar” me llevó por delante.

Sentí cierto alivio al escuchar su voz...

Dejarse tocar por el Otro.

Sin embargo, pese a ese alivio, a ese romper el hielo con él, no me sentía cómodo. La costumbre, lo habitual, lo de siempre era interrumpido. ¿Qué era lo que sucedía? La clase no iba a ser la “planificada”. ¡Cuánta exposición! ¡Cuánta vulnerabilidad que se reveló! ¡Qué triunfo tan grande en mí el de la racionalidad calculadora! ¡Qué tristeza no saberme ni sentirme próximo a él!

Y es que la vorágine del trabajo asalariado de ir de una escuela a otra instala al cuerpo docente en esa lógica de lo escolar que ya tiene su historia; la de enseñar lo mismo, a todos, al mismo tiempo y en el mismo lugar. Una lógica que se vuelve cómoda, práctica, útil. Modos que responden a las exigencias administrativas de las instituciones (programas, planificaciones, objetivos, clases). Prácticas y discursos que deshumanizan, y en las que parece no existir lugar para los sentimientos, ni para los afectos y los efectos de la experiencia; o al menos, eso suele suceder(me).

Todo ello, y lo siento al volver sobre esta huella, irrumpió con Federico. Sin darme cuenta, mucho era lo que estaba en juego y no tenía que ver con calificaciones, ni diagnósticos, ni notas de concepto profesional. Era la humanidad en su rostro más personal que golpeaba a mi puerta y a la que yo, como si la viera desde una ventana, parecía no querer atender.

Es así como, desde esa incomodidad que me generó su presencia, desde el desconcierto, fue necesario llamar a la preceptora y poder conversar acerca de Federico. Yo era nuevo en el colegio, por lo que no sabía de su historia. Necesitaba que alguien me diga algo de él. Buscaba un “diagnóstico”, “su” diagnóstico. Cosificar. Impostar la diferencia, con su carga de anormalidad, *en él* y no reivindicar la singularidad propia de cada una y cada uno de nosotros. Deshumanizar.

En el recreo, la preceptora me cuenta cómo se venía trabajando en las clases, en otros espacios, en años anteriores. Ella no ahondó demasiado en la información pero, como quien recita una lista del supermercado, me contó: Federico padece un problema en su desarrollo físico; tiene problemas en la motricidad de sus manos por lo que escribir se le dificulta, aunque puede hacerlo y, si lo hace tranquilo y con tiempo, puede entregar trabajos escritos; la mamá muchas veces le hace las tareas; los profes le dan trabajos específicos a él, y prefieren evaluarlo a partir de exposiciones orales, lo que lo hace que sea algo vago para escribir; Federico viaja bastante a competiciones ya que practica deportes.

Este fue el modo inmediato de poder acercarme a su biografía. A la distancia, y habiendo rumiado este encuentro, “lo ideal” hubiera sido dar lugar a su propia voz, a su tiempo, a sus modos. Sin embargo, aquel fue el “modo urgente” de poder ver *qué* tenía que hacer en el aula junto a él. Una vez más el *tener que hacer* por sobre el *dejar ser*.

Era lo que podía, lo que sentía, en ese momento de desconcierto. Era el

manotazo de ahogado de quien se encontró hundido en la incertidumbre de no tener la receta ni las indicaciones de cómo trabajar con “alguien” como Federico. La mismidad, mi mismidad, desnuda en su finitud, en su límite, en su ignorancia, en su egoísmo y terquedad, en su deseo de omnipotencia, frente a la presencia reveladora del otro que calla y mira y que se muestra. Mi “normalidad” frente a la extraña presencia de esa diferencia que yo depositaba “en” él, y no “entre” yo y él. ¡Qué mal me sentía!

Y qué bien se siente saberse afectado, tocado, por la experiencia... por ese Otro.

A su tiempo, a su modo.

Luego del recreo, me salió querer estar con él en el aula. Y es que de la charla con la auxiliar docente hubo algo de lo que dijo que sobresalió por sobre el resto: “sus papás quieren que Federico termine la escuela como *un chico más*, por eso no tiene maestra integradora. Escucharon que no le dan el título del secundario si transita con esa ayuda estos años”. Esto hizo ruido porque de los primeros pensamientos que aparecieron en mí al verlo fue: “¿por qué no tiene docente integrador?”. Una vez más en mí, en mis juicios, la diferencia que es patologizada, clasificada, diagnosticada, en definitiva, que ha de ser controlada.

Entonces, algo cambió. Era el momento de dar lugar a su estar, a lo que él es, lo que puede y lo que siente. De algún modo, tenía que correrme. Hacerme a un lado, con mi andamiaje conceptual y con mi cuerpo, para dar lugar a su presencia y estar *junto a él*.

Así, mientras el grupo inició las actividades con algunas preguntas para compartir en parejas a modo de presentación del espacio curricular, con Federico intenté habitar el tiempo de un modo singular. Acercarme y conversar. Una *proximidad* que era un salir de mí. Dar el paso frente a la novedad de lo que la experiencia me enseñaba, para poder asumir que todo no lo podía, que todo no lo sabía. Acortar la distancia de mis juicios y conceptos entre él y yo, y tomando las preguntas de clase, dejar que se fueran abriendo las palabras para conocerlo.

De carácter fuerte, con una mirada que observa en el silencio, con poco diálogo con sus compañeros de curso, la clase para mí fue aprender lo que

Federico tendría para enseñarme. Lógicamente, el tiempo lo fue mostrando.

La re-lectura de ese día me sigue haciendo *con-mover*. Me expone a la tensión entre un rol docente uniformador, normalizador, rutinario que es fácil dejarlo ser y el docente que se deja afectar, que escucha, que conversa, que hace pausas para dejar que las cosas dejen huellas.

Vuelvo a esa escena primera de entrar en el aula y encontrarme con esa silla (in)esperada para mí, y es intenso el recuerdo de ese día. Es volver a pasar por esa angustia primera, la ansiedad del qué y el cómo, la serenidad de su voz y el desafío de correrme del resultado y reinventar el acto educativo. Federico, ese día, me mostró que lo importante no era la calificación, el resultado. Él encarnó, hizo tiempo y espacio, historizó, esa invitación a la hospitalidad, a la acogida, a la escucha y la conversación, al abrazo.

Con él, hice “experiencia de” y aprendí que la *diferencia* estaba “entre” nosotros y no “en” él; pude vivir aquello de que lo importante pasaba por la experiencia que pudiéramos tejer, construir, deshacer y volver a crear.

Su mano en mi mano.

Toca el timbre y media mañana. Es el fin de la clase. Es la hora del té en el recreo. Se vuelve a escuchar que el largo pasillo es ocupado por corridas, gritos y murmullos. Se escuchan ruidos de sillas que se arrastran desde los cursos cercanos. Algunos chicos se despiden mientras guardo mis cosas y firmo el libro. Hay quienes se quedan escuchando música. Él está ahí mirándome. Un compañero le trae una taza de té con un pedazo de pan.

Tomo mi campera, agarro mi mochila y, antes de dirigirme a la salida del aula, me acerco a él y me tiende su mano. Fue un gusto poder saludarle porque no fue un mero gesto de cordialidad. Su mano en mi mano fue una bienvenida; significó una silenciosa disculpa de mi parte; fue sentirme próximo a él y no distinto, ni normal, ni superior, ni completo.

Su mano en mi mano fue la acogida, la invitación, a una nueva manera de ser profesor...

Hospedar lo singular, cuidar la diferencia.

“Hay” alguien que no puede encasillarse. “Acontece” algo que está más allá de toda especulación y planificación. Aparece “entre” los cuerpos una huella, un rostro, una palabra que se resiste a la etiqueta.

Y es que “hay” alguien que precede a todo resultado. Es eso que no es posible de mensurarse y que llama a la puerta desde su total otredad, exigiendo una decisión de parte del enseñante: “*¡Heme aquí!*” es la respuesta, que supera el orden de lo meramente técnico, didáctico y pedagógico, para volverse un acontecimiento del *orden de lo ético*. Lo ético asumido como “una óptica del reconocimiento del otro, la acústica del escuchar sus historias, la sensibilidad hacia lo frágil, la respuesta singular, la búsqueda de la propia voz” (Skliar, 2017, p. 18).

El estudiante que llega y exige ser acogido por aquel que ha de ser acogido desde lo completamente otro, lo infinitamente irreductible: la singularidad del huésped. El doble movimiento que se presenta de acoger y ser acogido. La relación que surge “entre” los sujetos, “entre” los cuerpos, y que nos dice que hay interrogar la propia práctica. Ahondar en aquellas acciones de trasmisión, de memoria y de repetición, que encierran el acontecimiento educativo en saberes que distan de los cuerpos que se encuentran y que se tiñen como saberes fríos, a-históricos y neutrales.

Esto hace encontrarnos ante un mundo de incertidumbres, de riesgos, de pocas respuestas y muchas preguntas. La clase, el aula, lo pedagógico ya no solo como instrumento sino como *acontecimiento ético* que atraviesa toda la vida del estudiante y del enseñante. Si “caracterizar la acción educativa como una relación de alteridad, como una relación con el otro, *-el rostro-*, la voz que viene de fuera, que habla en imperativo y que me demanda una responsabilidad más allá de todo pacto y de todo contrato” (Bárcena & Mélich, 2014, p. 136) es lo que se nos presenta, poder visualizar qué nos pasa cuando miramos el acto de educar propio en el aula, que se transforma en una tarea del pensar. En una necesaria conversación “entre” quienes enseñan y, sin duda, junto a quienes aprenden.

Una conversación sobre aquella necesidad de dar unidad a lo múltiple, de unificar trayectos, de aspirar a que “todos” sepan “lo mismo” al “mismo” tiempo. Interrogarse hasta qué punto lo escolar, el aula, la clase no se ha convertido en una experiencia de *hostilidad*; en un acontecimiento que no recibe al que

llega desde la exterioridad, abriendo humanidad e invitando a la vivencia de un trayecto único e irrepetible: *la alteridad*. Aquí lo chocante de la realidad, la angustia ante lo imprevisto y el temor por lo que irrumpe en el orden “natural” de una clase. He aquí la invitación.

Un convite a dar lugar a una *educación hospitalaria*. Una forma de conversación en la que el *yo* es sacado desde su centro de gravedad para abrirse a la novedad que trae consigo el *otro*. En donde la llegada del estudiante, el encuentro con, nos abre la puerta a lo incalculable, a lo incomensurable, a lo que emerge con todo acontecimiento. Si, como afirma Derrida (1997), “la hospitalidad pura consiste en acoger al arribante antes de ponerle condiciones, antes de saber y de pedirle o preguntarle lo que sea, ya sea un nombre o ya sean unos «papeles» de identidad” y “la hospitalidad consiste en hacer todo lo posible para dirigirse al otro”, y que educar “tiene que ver con una conversación a propósito de qué haremos con el mundo y qué haremos con nuestras vidas” (Skliar, 2017, p. 20), podemos preguntarnos: ¿cómo se hace para no escapar a los riesgos de lo imprevisible que es toda relación pedagógica, toda relación cara-a-cara? ¿Cómo hacernos conscientes de que la educación como hospitalidad es un doble movimiento de recibir y ser recibido sin condiciones previas ni deseos de clasificar, jerarquizar, etiquetar? ¿Queda lugar en la escuela, en las aulas, para una educación que quiera conversar los estudiado, narrar lo leído, cantar lo vivido? ¿Podemos los enseñantes salir del oficio de correctores para volver a lugar de aprendices junto a los estudiantes?

Llegados a este punto, tenemos que reconocer que una *educación* que hospede lo singular y cuide la diferencia (nos) exige *crear condiciones* para hacer (efectiva-afectiva) experiencia de lo hospitalario; para que el acto-gesto de educar, de recibir a otro desconocido y cualquiera, sea sin sospechas ni preguntas, y sea ocasión de encuentro, de conversación, de escucha. Es que “sería ingenuo no pensar y sentir que los efectos educativos son siempre singulares, afectan a cada una, a cada uno de una manera única e inédita, y configuran así el escenario de lo nuevo, de lo porvenir, de la diferencia irreductible.” (Skliar, 2017, p. 20)

Qué hay en eso que se llama “Pedagogías de las Diferencias”.

Skliar (2016) dice, “educar es poner en medio. Entre. Hacer cosas, juntos, entre nosotros y entre otros. Poner la escritura en medio es pensar algo

distinto al registro, al archivo, la devolución irrestricta de lo aprendido o la escritura como un código cerrado para la evaluación” (p. 48). Y en lo narrado se pone en juego este deseo de poner *entre nosotros* la experiencia para poder pensarnos y sentirnos interrogados en nuestro modo de educar.

En este sentido podemos decir que, si *algo hay* en lo que hemos de llamar “pedagogías de las diferencias” eso es el lugar dado a lo que le pasa al cuerpo en la experiencia educativa. Hacer de la sensibilidad el lugar, el borde, el afuera que invita a sacudir el andamiaje de conceptos, ideas y juicios que parecen ser la receta con la que hemos de trabajar y de convivir a diario. Un cuerpo que es afectado por la presencia del rostro totalmente otro. Un rostro, una biografía, un nombre, que es vivido como ruptura con ese mandato, con ese paradigma, del *hacer* antes de *conocer*, y que es motivo de exponer el cuerpo docente al no-saber, a la finitud, a la desnudez, a la vulnerabilidad, a la fragilidad.

Las pedagogías de las diferencias son “el laberinto” que nos desconcierta, pues, nos exponen a vivir una experiencia concreta. Es el camino que es muchos caminos, con señales de distintos tipos, tamaños, gestos y colores. Lo educativo como enigma, misterio, encuentro. Pero, entonces, ¿enseñar no es cuestión de hacer, y hacer, y volver a hacer? ¿Y el conocimiento vestido de efemérides, teorías, fórmulas e historias, en dónde queda? ¿No se dedica a eso un maestro de verdad?

Y la respuesta es no. El acto escolar, el acto educativo, el acto de enseñar y aprender, no es sólo eso. Tiene que ver con un gesto de encuentro, con una relación, con una acogida. Eso es primero. Un *estar* desde lo que cada uno es: un cualquiera.

No obstante, para llegar a esto, a veces, es necesario sentirse *fuera de lugar* con sensaciones mezcladas y encontradas. Encontrarse en un lugar en donde no hay respuestas y lo único que hay son miedos. ¡Qué extraño! Fuera de lugar en el hábitat propia: el aula.

Y así fue como hicimos experiencia de las pedagogías de las diferencias.

Escribir desde la propia voz, desde el propio cuerpo, la historia compartida con Federico nos expuso a un modo de “ser docente” que lejos se encontraba de una pedagogía “real”, “material”, “corporal”, “sensible”, “concreta” de las diferencias. Contar la propia experiencia desde lo vivido junto a su presencia hace evidente la tensión normalidad/anormalidad en la que nos

movemos a diario.

La diferencia que se piensa estando “en” y no “entre”. El *desconocimiento* que subsume lo singular en una etiqueta. El *miedo* ante lo impensado, lo impredecible, lo que es una amenaza al Yo (y a su tarea docente). La *violencia* que vacía de humanidad y que le impide al otro ser quien es. Todo eso en una mirada, en una sensación que recorre el estómago, en una preocupación que impide atender al curso; todo eso en un cuerpo que cosificó, que minimizó, que victimizó, que deshumanizó la singularidad del rostro presente.

Palabras de despedida.

Ser consciente del propio límite a partir de este ejercicio de pronunciación y narración tuvo que ver con asumir la invitación que nos llegó desde lo que son las *pedagogías de las diferencias*. Un convite que tiene que ver con abrazar lo que somos y quienes somos para ir al encuentro de ese otro desconocido que nos recibe con y en su presencia. Un lugar en el que la normalidad, la mismidad, el nosotros (iguales), no es el centro de gravedad frente al estar de ese otro que aparece, que se muestra, que se nos revela.

Las pedagogías de las diferencias permiten vivir el tiempo kairótico del proceso que sabe a incertidumbre, despojo, novedad, fragilidad, cuidado, constancia, compañía. Un *kairós* que es hospitalidad que acoge, da lugar, da la palabra, da las miradas, da un abrazo.

Federico y su historia, en esa pequeña escena narrada, tiene mucho para decir-nos. Nos hace vulnerable en nuestro ser docente, y eso es condición/potencia para crecer. Volver sobre él fue hurgar en la experiencia para abrir paso a la sensibilidad y así reconocer que hace falta, que nos falta mucho por seguir mirando, escuchando, acompañando, más allá de los compromisos administrativos y curriculares.

Federico nos permitió sentir, y desde ahí poder interrogarnos: ¿qué extraño es sentirlo a él como “diferente” y que el resto del grupo sean los “iguales”, el “nosotros” del que uno (yo) es parte? ¿Acaso el resto no son singulares? ¿No son todos los cuerpos en el aula la presencia-ausencia de muchos trayectos, caminos, miradas, voces singulares en el aula? Eso nos hizo cuestionar e intentar con-mover, desidealizar, hacer a un lado esta imagen de “los iguales”, de ellos (él) y nosotros (yo). Cada uno es alguien consigo mismo y distinto de los demás, y hemos de animarnos a acompañarnos.

Algo de todo esto es *lo que hay* y se pone en juego *en* las pedagogías de las diferencias.

Federico y las pedagogías de las diferencias nos hacen sentir extranjeros en la propia tierra, y así mirar desde la novedad, la gratuidad y el paseo por el laberinto que es una clase escolar.

Federico y las pedagogías de las diferencias nos hacen saber, e invitan a experimentar, que de un encuentro nadie sale igual.

Entonces, ¿qué hay en eso que llamamos pedagogías de las diferencias?

Lo que hay es vulnerabilidad, mediación, cuerpos, miradas, palabras, pausas, donación, hospitalidad, misterio, gratuidad... en definitiva, hay Yo-Tú, hay diferencia entre, hay encuentro.

Referencias

Bárcena, F. & Mélich, J. (2014) *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Derrida, J. (1997) *El principio de hospitalidad*. Entrevista realizada por Dominique Dhombres. Trad. de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. [fecha de Consulta 2 de Febrero de 2021]. Disponible en: https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/hospitalidad_principio.htm

Skliar, C. (2016) Sentidos del escribir. *Revista Digital do LAV*, 9 (2), p. 45-60. [fecha de Consulta 1 de Febrero de 2021]. ISSN-ISSN: 1983-7348. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/3370/337046881004.pdf>

Skliar, C. (2017) *Pedagogías de las diferencias*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.